

de verdad vienen a cuento, sin excesos ni pudibundeces, y darnos al final una lista a modo de pequeño vocabulario andaluz para andar por casa.

Estructural y temáticamente, *Las mil noches...* es una novela picaresca con protagonista —y narradora— femenina. Las únicas novedades consisten en que la narración no se hace por escrito, sino oralmente, y en que la cronología del relato, más que a un orden lineal estricto, nos remite a la espontaneidad de los recuerdos y a las orientaciones de la encuestadora. Las cartas intercaladas de un profesor a su antiguo maestro de la Universidad —¿don Jacobo o don Gustavo?—, remitiéndole las grabaciones, sirven de contraste, por su convencionalismo e hipocresía, y por la corrupción del mundo que reflejan, a la sinceridad y espontaneidad de lo grabado.

Por lo demás, entre anécdotas y digresiones, vamos conociendo, a la manera clásica y tradicional, autobiográficamente, la historia de la protagonista desde que, muy joven todavía, tiene que escapar de Málaga e ingresar en un "chalet" de la Alameda de Hércules, en Sevilla, hasta que, a través de muchas vicisitudes y acumulación de experiencias en diferentes casas de prostitución gaditanas, se nos presenta, a la hora de la entrevista, ya cincuenta y más o menos jubilada de su antiguo oficio. Quizá, en toda esta piriñaca de anédo-

tas y comentarios haya un predominio excesivo de éstos sobre aquéllas, y, entre las anécdotas, una falta de vertebración novelística, una excesiva liberalidad a la hora de dar entrada a sucedidos, cuentos populares y pequeñas historias que nada, o muy poco, añaden a la personalidad o a la biografía de Hortensia Romero. Sobrándole páginas para el género novelístico tal como suelen cuantificarlo las bases del Planeta y otros concursos, se tiene la impresión, en algunos momentos, de que el autor ha intentado estirar el relato con la pretensión de alcanzar algún secreto objetivo (tal vez, la apetitosa cucaña del premio al que aspira).

Aparte el monólogo femenino y el habla popular o coloquial, nada emparenta *Las mil noches...* con la novela de Delibes que citábamos al principio. En el novelista de Valladolid hay ironía distanciadora; en el gaditano, identificación con el personaje. En aquella novela se transcribía el discurso de una mentalidad reaccionaria, intolerante; en ésta oímos la voz de una mujer del pueblo —y del arroyo— abierta, liberal, con ideas, sin duda, no muy distantes de las de su creador sobre temas como el divorcio, la contracepción, el habla andaluza o la homosexualidad (páginas 67, 112, 148 y 218). Sin embargo, quizá el defecto de las dos novelas venga a ser el mismo: leídas las cincuen-

ta primeras páginas, aceptado —y aplaudido— el procedimiento, uno no encuentra demasiadas razones para seguir con la lectura, aparte el interés lingüístico y —en este caso— el libidinoso. Pero quede claro que esto, como ya avisé, no lo dice un crítico literario, sino un mal lector de novelas que en su día no fue capaz de leerse las cuatrocientas páginas de *El Jarama* y que sigue siendo uno de los pocos españoles que presume de no haberse dejado encandilar con *Cien años de soledad* y otros estupefacientes. ■ JOSE MARIA VAZ DE SOTO.

## MUSICA

### Bill Evans, sabio y sentimental

CONTINUANDO la racha que inició Stan Getz, y que es de esperar prosiga con nombres del mismo calibre —el proyecto está ahí—, el pianista Bill Evans ha actuado en el club Balboa dos días, en sesiones de tarde y noche. Evans es hombre que no extraña los grandes auditorios, y escucharle en un club pequeño resulta un auténtico privilegio y algo que, por caro que resulte, dignifica y hace un poco más apreciable la ciudad en que sucede y las sensibilidades a las que afecta. Después de todo, no sale

uno por más que si se comprara una entrada buena para un Madrid-Atlético, o un tendido para ir a tirarle rollos de papel higiénico a Curro Romero, y ustedes perdonen la manera de señalar.

Llega Bill Evans a Madrid en un momento interesante para cazarle "en vivo". Tan claro y analítico como es fama, desde hace algún tiempo —posiblemente desde su álbum con Tony Bennett— parece apuntar un pequeño cambio en su actitud hacia lo que hace. O quizá el cambio no sea tan pequeño. A los cincuenta años, que de cerca se le notan; con una enfermedad de hígado que le hace retener líquido precisamente en las manos —uno no comprende cómo pueden seguir tan hábiles—, Bill Evans reconsidera su estilo. La portentosa expresividad que comunica a su juego esa facultad de enunciación inimitable que, curiosamente, le han hecho el más imitado de todos los pianistas de jazz moderno, todo eso, repito, sigue ahí, y con la misma garantía de una técnica todo lo sólida que se puede pedir. Pero no soy el único que advierte un empleo alternativo de esos recursos, e incluso una diversidad técnica mayor, más libre y menos preocupada de identificar a quien la posee. La célebre cualidad lírica de sus interpretaciones es ahora más intensa, y parece más deliberada. Escuchar hasta hace sólo tres años a Bill Evans tenía mucho de ejercicio intelectual; por lo

## El Rincón de los Juegos.

### El empollón de la clase perdió ayer jugando a "El lepe"

A partir de los ocho años, ¡ya tienes una cultura!  
Que puedes poner a prueba, pasando ratos muy buenos.  
¿Cuántas monedas de otros países eres capaz de mencionar,  
en menos de 30 segundos?  
¿Cuántos metales preciosos?  
¿E instrumentos musicales...?  
El Lepe combina azar con tiempo y conocimientos.  
Y contribuye a ampliar reflexos, vocabulario...  
Y otro dato muy importante: como muchos Juegos Educa.  
El Lepe tiene vigencia desde 8 años... a 99.

**el lepe**  
Divierte a toda la familia.



menos, no podía prescindirse del ejercicio intelectual para comprenderlo todo. Ahora sucede que quizá no haya nada que comprender, y sí mucho que paladear. Y eso, el disfrute a través de la música —de la música y de lo que sea— es lo que viene defendiendo uno desde siempre. O por lo menos una de las cosas que viene defendiendo, que también está ser honrado y todo eso.

Aislar algún momento vuelve



Bill Evans.

a no parecerme oportuno, precisamente porque hubo muchos momentos para aislar. Más correcto es señalar versiones enteras, como la monumental de "Polka Dots and Moonbeams", que abrió una sesión de noche. O el set improvisado poco más tarde, un dúo de piano y contrabajo por la desaparición inadvertida del batería Joe La Barbera.

A éste, para no ser injustos, hay que reconocerle la mejor escuela que se puede tener, la de Alan Dawson. En cuanto al bajista, Marc Johnson, no desmerece en el sitio que han ocupado Scott LaFaro, Chuck Israels o Eddie Gómez, así que más no se puede decir de él. Tocaron todo lo que saben, pues dejar la máxima libertad a sus acompañantes es otra de las virtudes de Bill Evans, quien en vivo, como hay que oírle, ha dado al jazz un nuevo concepto de ese caldo de cultivo tan importante que es el piano trio. Y nada más. Advertirá el lector que, cuando soy partidario, no me importa que se me note. ■ JOSE RAMON RUBIO.

## Gotas nada más

**R**EPLICA a la consulta número 3, formulada por doña Puri D., Palomeras Altas, Madrid.

Mi querida amiga: de las cuatro alternativas que me expone en su bien razonada misiva como posibles soluciones a su crisis matrimonial, estoy de acuerdo en que han de ser eliminadas las tres primeras. A las razones que me señala para desecharlas —y que comparto—, yo me permitiría añadir, aunque parezca puro y simple cinismo, la del valor social que conlleva la institución del matrimonio. Ya sé que esta observación parece repulsiva, sobre todo en tiempos como los que corren, en los que el movimiento feminista, ferozmente desatado por las cuatro pájaras de siempre, pretende derribar todas aquellas instituciones que, históricamente, han venido siendo reforzadas por el carisma que, en una sociedad de machos, aporta el hombre a la pareja. Y si usted no cree en mis palabras, que pueden parecerle propias de un viejo chocho y conservador, pruebe usted a viajar con sus hijos al extranjero sin el consentimiento del marido, intente formalizar un contrato civil, pretenda abrir en un Banco una cuenta corriente... Pronto se dará cuenta del valor que tiene su matrimonio, de qué modo la sociedad la rechaza, hasta qué punto se convierte en una ciudadana de tercera clase, que puede ser, impunemente, injuriada, vejada, calumniada, incluso deseada como mero objeto sexual. En resumen, querida Puri, si usted ataca a lo que constituye, junto con las relaciones de producción, la misma base de nuestra sociedad, me creo en el deber de advertirle que habrá de pagar un precio, y de que dicho precio va a ser alto. Al propio tiempo, me atrevo a formular una conjetura, fundada en mi falsa experiencia con la inolvidable Naima Cherky: si se decide a romper amarras, guiada del nobilísimo empeño de recuperar su independencia y su autenticidad personal, llegará un momento. Dios no lo permita, en que los obstáculos y las penalidades serán de tal naturaleza, que muy probablemente se arrepentirá de haber elegido esa alocada senda, propia acaso para ser transitada por esos jóvenes irreflexivos que se reúnen en el barrio de Malasaña a tirar de porro, pero inadecuada para personas intelectualmente adultas que querrán hallar soluciones reales, y no utópicas, a sus vidas. Por ello, de acuerdo con los términos de la cuarta solución que me propone, redactada vergonzosamente y como a la desesperada, me parece apropiado que tome un amante y que mantenga, al propio tiempo, su vida matrimonial. El divorcio, hija mía, gracias a los buenos oficios de nuestra Santa Madre Iglesia, es más que posible que llegue a nuestro bendito país cuando sus cabellos, que imagino negros y sedosos, y ese cutis amasado de azucena y de jazmín, sean pasto codiciado para la Nada agusanada de las fosas de la Almudena. La solución del amante, a primera vista, puede parecer pobre, insatisfactoria y, además de arriesgada (dados los celos violentos de su no obstante indiferente marido), potencialmente frustrante. Y,

sin embargo, a poco que se examine, se descubrirá que el desarrollo histórico de la pareja humana, si exceptuamos el nivel biológico o reproductivo, es la historia de la frustración misma; y ello es así porque los pobrecitos humanos son limitados, ridículamente pequeños, y no pueden desarrollar ad infinitum formas de relación eternamente gratificantes. De resultados de dicha limitación, el código de comunicación de la pareja termina por quedar reducido a una página excesivamente conocida, grasienta, de puro sobada, y entonces se produce el conocido efecto engañoso de que, quizá con otra persona, podríamos reencontrar la ilusión perdida. Pensamiento vano, mi querida Puri. Sólo la aceptación de nuestras propias limitaciones y, muy

en especial, la que subyace en la idea de que nuestra felicidad la constituyen momentos fugaces de la existencia; únicamente el abandono de los valores absolutos que constituyeron la base de nuestros sueños de juventud, y sobre todo la resolución favorable del apasionante problema de la conversión del Opus Dei en prelaturo personal, pueden

conducirnos a la aceptación de nosotros mismos. De todo lo anterior se infiere que no debe intentar en modo alguno el abandono de su marido y la alocada huida de su hogar. La vida con un amante inteligente y comprensivo puede proporcionarle a usted las mismas satisfacciones, si no más, que obtuvo cuando inició la vida en común con su marido y ambos trotaban por los pinares de Jadraque, y ninguna de sus desventajas. Cuando ustedes se vean, ambos acudirán a la cita bien lavados y perfumados, llenos de ilusión, generosos y apasionados; vivirán momentos de plenitud, por su misma brevedad, y, en cambio, no se verán afectados por la erosión de los sentimientos, ni atados a todas las infinitas miserias de orden físico y moral que la convivencia diaria lleva consigo. Con su amante, señora mía, se habrá acabado el hastío, los malos e inevitables olores del lecho conyugal, la máscara infamante del maquillaje corrido, las repulsivas greñas matutinas, la servidumbre hiriente de la menstruación que llega, o lo que es peor, que no acaba de llegar... Podrán ustedes verse y entregarse mutuamente lo mejor de sí mismos; en momentos fugaces, ciertamente, pero no conozco pasión que dure los años de nuestra vida. No se angustie; procure abrir un rescoldo a la felicidad y una posibilidad a su vida en crisis. ¿Me creería si le dijera que ese atractivo amigo de su marido de quien me habla podría aliviar muchísimo, si sigue usted mi consejo, su conflictiva relación con sus vecinas de Palomeras, y que su mismo marido habría de comentar positivamente con su guapo amigo y confidente el favorable cambio operado en su carácter? Porque una cosa está clara, Puri: con divorcio o sin él, el género humano se halla metido en un negro túnel, y las verdaderas relaciones humanas están incluso por dibujar en las mejores cabezas que miran al futuro. Por eso Tarancón dice que no al divorcio; no por otra cosa. Créame. ■

## A UNA CASADA INDECISA

(De la serie "El consultorio inmoral de Aristides Schiavo")

### ANTON AMARGO